

V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales: “Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la región en las últimas décadas. Desafíos para el conocimiento social”

La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008

NOMBRE y APELLIDO Goicochea, Adriana Lía

INSTITUCION.: Universidad Nacional del Comahue. (sede Viedma)

MESA J 42.Sociología y Literatura

CORREO ELECTRONICO: adriana_goicochea04@yahoo.com.ar

TITULO: La inscripción social de lo literario y la referencia productiva de lo ficcional. Mito e imaginario social en relatos sobre la Patagonia.

1-Breve descripción del escenario teórico

Dos términos tan potentes como Literatura y Sociología remiten a otro binomio, no menos importante para el campo de investigación de las ciencias sociales como es la relación Literatura – Sociedad. Y, sin duda lo es, particularmente para los estudios literarios. Basta con recordar la expresión de Bajtin “El arte es social de manera inmanente” para confirmar su implicancia. Pero, sobre todo es relevante porque involucra la reiterada pregunta acerca de la relación de la Literatura con el mundo, es decir que nos enfrenta al problema de la representación.

La complejidad de este problema teórico torna difícil describir un estado de la cuestión, entre otras cosas, porque la disposición del referente conlleva una reflexión acerca de la autonomía del arte, y porque además, no escapa a otra línea de pensamiento que son los supuestos básicos acerca del “giro lingüístico”. No obstante, parece convincente y sintetizador el planteo de Jean Bessière cuando distingue posturas anti- representacionales y representacionales, sostenidas por un paradigma lingüístico-pragmático, y sociológico respectivamente, a las que la teoría literaria

agrega una tercera categoría, la desplazada, afirmando que la autonomía de lo literario no implica falta de relación con el objeto sino una relación mediada. Se produce, entonces, una reinterpretación de la mimesis aristotélica.

En definitiva, no podemos omitir un aspecto significativo a la hora de describir el mapa teórico que se propone resolver la problemática: las respuestas sobre las condiciones de representación por un lado, se sustentan en una concepción del lenguaje, y por otro lado, toman posición respecto de la cuestión de la literariedad, hoy erosionada por el impacto de la cultura de masas que contribuyó a romper la certidumbre de las fronteras del objeto literario.

Recordemos, por ejemplo, la afirmación premonitoria de Benjamín acerca de la pérdida del “aura” de las obras artísticas a causa de la reproductibilidad tecnológica, y aún, mucho antes, con los estudios innovadores de Bajtin, ya la noción de literatura canónica había sido impugnada por la irrupción de “lo popular”. Hoy, sus bordes retroceden y se inserta en una interdiscursividad que reclama otras definiciones, como la noción de Discurso Social (de Marc Angenot y R Robin), y además asistimos a un proceso de hibridización que impacta sobre el género.

Como consecuencia de lo que para algunos es una “crisis de la literariedad”, se produce la discusión sobre lo ficcional, cuya importancia en el contexto de la teoría literaria contemporánea se explica porque ya no es una zona más de discusión teórica sino un eje que está incidiendo sobre los diferentes lugares., y que aún cuando ha quedado circunscrito al discurso sobre la literatura debería ser revisado por una semántica general o una teoría general de la ficción¹

Entonces, ¿Cómo no plantear desde la teoría literaria la cuestión de las fronteras? “¡Estallido del objeto, pero también del método!” exclama Regine Robin.

En retrospectiva, podemos recordar las propuestas de dos disciplinas que siendo complementarias, sin embargo tienen objetivos críticos diferentes: la Sociología de la Literatura y la Sociocrítica. Los aportes de la Sociología de la Literatura al estudio del fenómeno literario son extensos y podríamos recorrer un itinerario que estaría muy lejos de ser exhaustivo y menos aún de hacer justicia a los

desarrollos de esta disciplina. Sin embargo, una huella importante en su evolución es la que señala F Jameson cuando afirma *que* "...la sociología convencional de la literatura o de la cultura, que se limita modestamente a la identificación de motivos o valores de clase en un texto dado y que siente que su trabajo ha quedado hecho cuando muestra que un artefacto dado "refleja" su trasfondo, social es profundamente inaceptable. Mientras tanto, el juego de énfasis de Kenneth Burke, en el que un acto simbólico se afirma por un lado como acto genuino aunque sea en un nivel simbólico, mientras por otro lado se lo registra como acto que es meramente simbólico y cuyas soluciones son imaginarias y dejan intacto lo real, dramatiza adecuadamente, el estatuto del arte y la cultura." ²

Mientras el enfoque sociológico se interesa en el fuera del texto en el ante-texto, la sociocrítica sin desdeñar lo que existe antes y después de la escritura, considera que estos se deconstruyen en el texto según modalidades específicas que revelan (y en esto supera a la semiótica inmanente) condiciones sociohistóricas determinadas.³

Tres elementos han estado en la base del enfoque sociocrítico desde finales del los sesenta: la novela como forma clave de la constitución del imaginario social, como lugar específico de inscripción de lo social y como espacio de producción de un nuevo sentido.

Regin Robin sintetiza claramente las posiciones de cada disciplina cuando sostiene que "La propuesta de la sociocrítica es el estatuto de lo social en el texto y no el estatuto social del texto, es el estatuto de la historicidad en el texto y no el estatuto histórico del texto"⁴

Sin duda, esta breve reseña nos demuestra que la discusión sobre el estatuto social de la literatura y las diversas construcciones teóricas que se elaboraron en torno a la complejidad de este objeto, presentan diversas propuestas y ángulos de análisis de perspectivas muy diferentes. Sin embargo, dado el interés de síntesis que anima este documento focalizaré solo aquellos que a mi juicio producen un aporte relevante al eje organizador de este trabajo: la necesidad de plantear interrogantes y aún encontrar respuestas provisionarias en una crítica de paradigma sociológico.

Por consiguiente, ante este escenario, partiré de las siguientes afirmaciones:

*Por un lado, la literatura se inscribe en lo social, pues constituye el universo simbólico sobre el que se apoya el imaginario⁵, consecuentemente, es fuente de conocimiento de los imaginarios sociales, y también productora de imaginarios⁶.

*Por otro lado, la pretensión referencial de la ficción es productiva, ya que elabora y reelabora continuamente la representación de la realidad. Luego, la lectura no solo es un medio para conocer las referencias que produce toda colectividad, y a través del cual designa su identidad, sino que es, además, una alternativa de transformación de la representación social de la realidad.

*Finalmente, el hecho literario reclama una crítica capaz de conciliar explicación y comprensión, y de activar “el decir del texto”

Estas afirmaciones son demostrables mediante dos procedimientos uno de base teórica y el otro empírico:

*El primero remite a una concepción de la ficción como forma de conocimiento. Luego, la teoría del relato orienta la reflexión, focaliza la mirada en la centralidad de la narratividad.

*El segundo, está orientado a presentar a modo de ejemplo, una lectura del espacio novelístico sobre la región patagónica.

2- Literatura e imaginario

En primer lugar y para despejar la afirmación inicial, es a mi juicio, necesario detenerse en la noción de *representación*, la que se resuelve aquí sosteniendo la premisa de que cualquier nominación de lo real remite al lenguaje. Por lo tanto, la obra es representación de lo narrable, y allí se afirma su carácter social. Constituye el universo simbólico⁷ sobre el que se apoya el imaginario.

Luego, creo que merece una ampliación la noción de imaginario. A lo largo de la historia las sociedades se han entregado a la invención permanente de sus propias representaciones globales, a través de las cuales se dan una identidad perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos inventadas y elaboradas con materiales formados del caudal simbólico, representaciones que tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable, sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social. Esta categoría de representaciones colectivas tiene un término adecuado que es *imaginarios sociales*⁸.

Me interesa aquí, destacar que una de las funciones de los imaginarios sociales consiste en la organización y el dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico, es decir que intervienen activamente sobre dos aspectos de la realidad histórica: las utopías, y la memoria colectiva, para la cual, a menudo, los acontecimientos cuentan menos que las representaciones a las que dan origen e incluso encuadran. De este modo el imaginario social es una de las fuerzas reguladoras de la vida colectiva-en la que participan memoria y utopía-y de sus relaciones con el poder y las instituciones.

Además, no podemos dejar de señalar que se apoyan sobre el simbolismo. Los símbolos designan tanto el objeto como las reacciones del sujeto frente al objeto. (Castoriadis, 1983) Las formas simbólicas forman un campo en donde se articulan las imágenes, las ideas y las acciones (Berger 1986:140).

Para completar esta definición tan oportuna a nuestro propósito, citaremos la conceptualización de Cornelius Castoriadis acerca de las *significaciones de los imaginarios sociales*, la que por cierto no es menos importante para dar marco a nuestro trabajo empírico. Sostiene este autor, que la historia no existe sino en y por el lenguaje, y que cuando se trata de la sociedad, ante la posibilidad de penetrar en el laberinto de la simbolización de lo imaginario, llegamos a unas significaciones que son como las articulaciones últimas que la sociedad en cuestión impuso al mundo, sus esquemas organizadores, que son condición de representabilidad de todo lo que esta sociedad puede darse.

Según Castoriadis, el mundo social es cada vez constituido y articulado en función de un sistema de estas significaciones, y no es sino en relación con ellas como podemos comprender, tanto la elección que cada sociedad hace de su simbolismo institucional, como los fines a los que subordina la funcionalidad, o la búsqueda de respuestas a preguntas como ¿quiénes somos como colectividad? ¿Qué somos los unos para los otros?

Por consiguiente, afirma que la sociedad debe definir su identidad, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y sus deseos. Sin las respuestas a estas preguntas no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura. Es en el hacer de cada colectividad donde aparece como sentido encarnado la respuesta a estas preguntas, y es en ese hacer social donde se encarna lo que para ella tiene sentido y valor.

Creo que la síntesis de su pensamiento se encuentra en la siguiente afirmación: “Nosotros postulamos que todo lo que puede darse efectivamente-representación, naturaleza, significación-es según el modo de ser de *magma*, que la institución histórico social del mundo. Pero también sostenemos que jamás es ni puede ser *únicamente* eso, sino que siempre es también y necesariamente institución de un *magma de* significaciones imaginarias sociales...” (Castoriadis, 1983:536)

Este contexto conceptual, sustenta la idea de que la literatura es una fuente para examinar los modos colectivos de imaginar lo social, y también una fuente de producción de significaciones sociales.

3-La referencialidad productiva de la ficción

En cuanto a la segunda premisa que enunciara más arriba, creo que es oportuno detenerme en lo que denominaremos como *configuración ficcional*.

En primer lugar, consideraré que toda referencia a este concepto, se apoya en el principio de inscripción discursiva de la mimesis, y consecuentemente el texto es generador de sentidos en la medida en que reconoce su intertexto y, encuentra allí un

lector que lo resignifica. En este marco, adquiere relevancia la afirmación de que la ficción es productora de sentidos para y desde una sociedad “en representación”.

En segundo lugar no podemos dejar de notar que este concepto encubre una teoría del relato. Esta afirmación se apoya sobre tres planos que explican los procesos de lectura y escritura.

- La interdiscursividad narrativa supone una intersubjetividad. Consecuentemente el relato se presenta como un espacio social en el que el sujeto constituye su identidad.
- La narración pone en escena la acción: el proceso de representación simbólica lleva a la relación memoria-imaginación-identidad.
- El sujeto narrativo, desde su identidad no individual sino colectiva, produce una versión del proceso total de la historia, una historia refigurada constantemente por un tejido de relatos recibidos y producidos.

La ficción así entendida, según Ricoeur, es relevante y transformadora respecto de la práctica cotidiana. Relevante en el sentido de que presenta aspectos ocultos y transformadora porque una vida así encaminada es otra vida.

4- La lectura: alternativa de transformación de la representación social de la realidad.

Hablar de lectura es ubicarse en el plano del hacer, y del decir, de la acción, por eso nos traslada al ámbito de lo empírico, y también por eso es que centraré mi demostración en una de las lecturas posibles de algunas obras literarias sobre la región patagónica, tan sólo a título de ejemplo.

Hasta aquí he tratado de explicitar el itinerario teórico que ha orientado este trabajo, sobre todo por la concepción de la literatura como una institución que legitima un universo simbólico alternativo, en el que se configuran identidades individuales, siempre sobre el trasfondo de lo colectivo, social e histórico. Sin

embargo, en este punto, y habida cuenta de que una preocupación que orienta la investigación⁹ de la que este trabajo forma parte, es la relación mito y literatura, creo oportuno enunciar algunas hipótesis provisionales.

- o La literatura patagónica es un universo simbólico que constituye un campo de representaciones colectivas, y que, por lo tanto, es pertinente considerarlo una fuente para examinar los modos colectivos para imaginar lo social, siempre, claro está, con un anclaje en la historia, lo que ninguna investigación puede obviar.
- o Por otro lado, sostenemos aquí, la idea de que las categorías que intervienen en la representación de la región facilitan la observación del modo en que la visión del espacio impacta sobre representación de la nación, y viceversa, transgrediéndose así, todo límite geográfico o político, provocando la disolución de uno de los binomios estructurantes de la ideología nacional, la confrontación región-nación (equivalente a la de ciudad-campo, Buenos Aires –Interior, o Civilización-barbarie para retomar el pensamiento más lejano originado en el Romanticismo)
- o Luego, la exégesis nos ha permitido observar que en los relatos sobre la Patagonia que constituyen el campo de ficción de la última década, el relato mítico sólo puede aprehenderse como uno de los aspectos constitutivos de los imaginarios sociales. Los textos seleccionados han permitido demostrar como desde lo ficcional se accede a las fuerzas reguladoras de la vida colectiva, sus relaciones con el poder y las instituciones.

Si bien el corpus es amplio¹⁰ mi lectura que solo tiene pretensión ejemplificadora se detendrá en un texto y algunas reflexiones.

En el texto “El Lago” de Paola Kauffman, la imagen recurrente que interviene en la representación de la región y de la nación, es la del *monstruo*. En esta figura se concentran los dos aspectos mencionados. La memoria colectiva atravesada por la violencia, la dominación, la opresión, y también la utopía, de la búsqueda esperanzada de la verdad, en el plano ético, de la justicia en el jurídico, y la visibilidad de lo real en el epistemológico.

Es decir que en la obra se lee la fuerza de la relación literatura/política, propia de la Literatura Argentina, y en la que la recuperación del intertexto obliga a observar la resignificación del *relato mítico del monstruo*, tan presente en la cultura griega y también en la novela de fines de siglo así como en los llamados relatos de viajeros y de pioneros.

Sin embargo, el lector contemporáneo se encuentra, en la novela de Kauffman, con una clara inversión del mito clásico. Un aspecto relevante es que mientras Jasón, con ayuda de Ariadna accede al monstruo atravesando todas las dificultades que le presenta el laberinto, en *El lago*, se invierten los roles y es la mujer la que emprende el desafío de la búsqueda de la verdad.

Aquí vale la pena entonces preguntarnos por lo heroico, y la distancia de sentidos que media entre las dos etapas de la cultura, y sin duda se introduce la cuestión del género: la mujer representa la oportunidad de liberación, de reordenamiento de las relaciones sociales y de poder.

Además, en cuanto al monstruo surgen cuestiones como *¿Existe? ¿Dónde está? ¿Cómo es?* Entonces, trasciende su valoración simbólica y supera ampliamente las lecturas que lo circunscriben al mito clásico, para ingresar al campo del conocimiento y de la ética. El texto mismo responde a los interrogantes de su lector, y encubre en cada respuesta una concepción de la realidad y la existencia, una nueva perspectiva sobre el sujeto, y una posición sobre la verdad.

Así, nos dice que el monstruo existe en la escritura que registra la memoria de los viajeros, como Chatwin, en ``la carta`` de un aventurero, en el relato de un ``fabulador``. Las expediciones se sustentaban en la fe, pues ``Todos creían en la existencia de algo`` (Pág. 19), y representa en cada una, la realidad que toma existencia por la palabra. Es un dinosaurio para Martín Sheffield, ``el cuero`` para los indios, o el monstruo de la cuevas para Onelli, pero siempre en el pasado, vinculado al misterio, a lo mágico, o al interés científico por lo desconocido

En el presente, se presiente en el relato, pero no se ve. Escapa, incluso, a la contingencia de la foto que capta el instante trascendente. Diremos que el monstruo cobra existencia en cada uno de los protagonistas. La tesis de la novela es que la monstruosidad no es la excepción al tipo, al individuo, sino su propia naturaleza. El epígrafe que cita a Aristóteles, es ilustrativo de esta afirmación: *“El hombre solitario es un dios o una bestia”*.(7)

Además, cada capítulo de la novela está titulado con el nombre de un personaje, pero la historia se centra en su relación con el monstruo. Así, cada uno tenía una motivación para buscarlo: obsesión, curiosidad, insatisfacción, todas razones personales, privadas que involucran sentimientos, estados de ánimo y circunstancias vitales. Por eso también es diferente según quien lo describa. Para Víctor, el padre de la protagonista y voz narradora básica, representaba su identidad, su esencia; para la gente es una leyenda y una creencia que se revive como una parodia, mediante la máscara y en las fiestas populares.

En un procedimiento propio de la narrativa de fin de siglo, la novela, exhibe su propia teoría *“La humanidad necesita de los monstruos”* (Pág. 42), como el minotauro, el cíclope o el dragón, pues, es inherente a su naturaleza y unifica las culturas, a indios y europeos.

Pero, en la medida en que el texto avanza sobre la biografía de Víctor, de Lanz, de Ana, de Ilse, se imponen otros sentidos. El monstruo representa la violencia, los crímenes contra la humanidad, la persecución ideológica, la guerra, aspectos estos que dan cuenta de la memoria colectiva, la que como dijimos antes, configura el imaginario social, y su dimensión más profunda está dada en la aparición de Pedro.

Ese es un momento que actúa en el texto como una bisagra. Señala una lectura alternativa, cuya potencia de significación está determinada por su anclaje en la historia de nuestro país signada por la violencia de Estado, y cuyo indicador es la fecha `1976`. El monstruo se corporiza, tiene identidad en el imaginario colectivo, el que, como ya anticipamos, se apoya en la memoria.

No obstante, también ingresa al texto la utopía, representada por el camino de búsqueda que inicia el personaje. Su viaje a Buenos Aires, es un trayecto en el que se enfrenta a las pruebas, los testimonios, que la acercan a la verdad, sobre la violencia de un estado totalitario y las consecuencias de la opresión, auténtico motivo de su búsqueda. Su itinerario representa las aspiraciones fuertemente arraigadas en el imaginario social argentino: la verdad en el plano ético y la justicia en el jurídico. El relato inscribe en el cuerpo de la escritura la esperanza que renace de la resignificación constante.

Entonces, el trabajo de lectura desmonta las verdades múltiples y quiebra el proyecto único de un autor para reconocer lo colectivo. Así, la novela es el lugar donde se atrincheran la identidad nacional. Consecuentemente, se refuerza el efecto político de la práctica hermenéutica. La dimensión política del poder opera sobre la memoria y sobre los “usos del olvido”. De tal manera que la identidad colectiva se relaciona necesariamente con el poder que vincula el ser y el hacer.

En este caso, la ficción muestra una gestión del pasado que establece una política de la memoria cuyo postulado es que la violencia del Estado en los setenta no puede ser leída como un momento más del proceso histórico de un país. Y por otra parte le asigna a la región un rol en el contexto de la historia de la nación: reafirma su condición de tierra extranjera, territorio de exilio, donde el sujeto es un “desaparecido”. El viaje a Buenos Aires, que es el centro, desde la Patagonia, la periferia, tiene entonces otro significado: la repatriación del territorio, de su gente y la re-aparición de los desaparecidos, o desterrados.

6-A modo de síntesis

Si como afirmáramos en el comienzo de este trabajo la literatura es fuente de conocimiento de los imaginarios sociales, y también productora de imaginarios, entonces, reclama una crítica capaz de conciliar explicación y comprensión, de activar “el decir del texto”, su socialidad, porque este produce un significado nuevo, transforma el sentido que sencillamente cree inscribir. Todo lo no dicho, lo reprimido, provoca disyunciones, a partir de las que emerge el nuevo sentido.¹¹

Sin embargo, más que adherir a una única perspectiva de análisis, se requiere profundizar en una metodología para el abordaje de los textos que se apoye en las relaciones interdisciplinarias, ya que la complejidad del objeto así lo reclama, y sobre todo es necesario reconsiderar el lugar de la ficción, que ha dejado de ser hoy sólo una estrategia del lenguaje para constituirse en una forma de conocimiento, un modo de estar en el mundo, que es transversal a todos los discursos, trasciende así las fronteras de lo literario y atraviesa el discurso social.

NOTAS

¹ Afirmación que comparto con Pozuelo Ivancos, y que expresa en “Poética de la ficción”

² Jameson, Fredric. (1981) *The Political Unconscious. Narrative as a socially symbolic act*. New York, Cornell University Press. Pág. 62

³ Cros Edmund. *Sociología de la Literatura* (En: PERUS, Françoise (1994). *Historia y literatura*. México, Instituto Mora.

⁴ Robin Regine. *Para una sociopoética del imaginario social* (En: PERUS, Françoise (1994). *Historia y literatura*. México, Instituto Mora. Pág. 269)

⁵ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. (1994). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores

⁶ Castoriadis, Cornelius sostiene en una de sus aseveraciones a mi juicio más interesante que “Nosotros postulamos que todo lo que puede darse efectivamente-representación, naturaleza, significación-es según el modo de ser de *magma*, que la institución histórico social del mundo. Pero también sostenemos que jamás es ni puede ser *únicamente* eso, sino que siempre es también y necesariamente institución de un *magma* de significaciones imaginarias sociales...” Castoriadis, C (2003). *La institución imaginaria de la sociedad*. Ensayo Tusquets. Pág. 53

⁷ Vale la pena recordar que Berger y Luckmann definen al universo simbólico como “la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales, toda la sociedad histórica y la biografía de un individuo se ven como hechos que ocurren dentro de ese universo.” Se trata de “...productos sociales que tiene una historia”, y que legitiman tanto la biografía individual como el orden institucional, mediante una operación de carácter nómico y ordenador, es decir que “pone las cosas en su lugar”. Opus. Cit. 123

⁸ Baczo, (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

⁹ Proyecto de investigación Incentivo 2008-2011 Mito y Literatura Universidad Nacional de La Plata

¹⁰ El corpus de la investigación está constituido por: *Fuegia* de Eduardo Belgrano Rawson (1992); *La tierra del fuego* de Silvia Iparraguirre (1999); *Inglaterra. Una fábula* de Leopoldo Brizuela. (2003) ; *Final de novela en Patagonia* de Mempho Giardinelli; *Patagonia* de Bruce Chatwin; *Falsa Calma* de Maria Sonia Cristoff; *Los suicidas del fin del mundo* de Ascensio Abeijón; *En el país del viento* de Roberto Arlt; *Patagonia: Antología de cuentos*, M S. Cristoff (comp).

¹¹ R Robin. Enuncia en estos términos el concepto de socialidad del texto en Opus. Cit. 269

BIBLIOGRAFIA

ANGENOT, Marc y otros. (1993) *Teoría literaria*. México, Siglo XXI.

BACZKO, Bronislaw. (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas.(1994).*La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores

CASTORIADIS, Cornelius.(2003).*La institución imaginaria de la sociedad. Ensayo* Tusquets.

CRUZ RODRÍGUEZ, Manuel. (1990) *Narratividad: la nueva síntesis*. Madrid, Ediciones Península.

JAMESON, Fredric. (1981) *The Political Unconscious.Narrative as a socially symbolic act*. New York, Cornell University Press.

PERUS, Françoise (1994). *Historia y literatura*. México, Instituto Mora.

POZUELO IVANCOS, José María. *La ficción en la poética contemporánea*. (En: Poética de la ficción, pág. 63 – 150).

RICOEUR, Paul.(1995)*Tiempo y narración II*. Siglo XXI.